

IGLESIA DEL MONASTERIO BENEDICTINO

DOS CUBOS DE LUZ

SANTIAGO, CHILE

La luz, me dije

La luz circunstancia exterior, posición espacial del orar.

La luz es la arena para estar junto al mar de nuestro orar.

Alberto Cruz Covarrubias¹

La capilla del Monasterio Benedictino de Santa María de Las Condes se percibe como un volumen blanco a media falda del cerro Los Piques, desde diversos puntos de la zona oriente de Santiago. La explanada que precede a la capilla domina una zona de casas ajardinadas y hace ver las estribaciones de los Andes con una proximidad casi tangible. A la distancia se recorta el cerro San Cristóbal y el valle de Santiago se extiende hasta los cerros de la cordillera de la Costa.

La iglesia fue proyectada por dos arquitectos jóvenes, casi sin experiencia profesional, y sin demasiado entusiasmo por hacerse cargo del proyecto². Conociendo estos datos, el resultado sorprende: cargado de una intensidad retenida y una precisión formal notables, la iglesia es de inmediato reconocida como una de las obras



ARQUITECTOS

Hno. Martín Correa OSB (1928-)

R.P. Gabriel Guarda OSB (1928-)



cúlmines de la arquitectura moderna en Chile. La actividad arquitectónica de sus autores prácticamente se detiene en ella. No se trata, sin embargo, de una obra aislada. Ella supo recoger una reflexión larga en torno del tema de la iglesia y un modo particular de concebir la arquitectura moderna. Uno de los mayores méritos de sus autores es haber sabido interpretar, con talento y originalidad, el sentido de una década de búsqueda colectiva en torno de estos temas.

El proyecto y sus orígenes

La fundación de la comunidad benedictina de Las Condes, originalmente con el apoyo de la abadía de Solesmes, en Francia, tuvo lugar a fines de los años 30, por iniciativa de don Pedro Subercaseaux, monje y pintor. Provisoriamente se instalaron en la chacra Lo Fontecilla y posteriormente en locales situados en el lugar que actualmente ocupa el hospital de la Fuerza Aérea. Posteriormente, la comunidad benedictina se consolida con el apoyo de la abadía de Beuren en Alemania y decide instalarse en su actual localización del cerro Los Piques. Desde sus modestos inicios, la comunidad recién formada recogió la tradición de cultivo de la oración y la liturgia que es patrimonio de la orden.

Junto con conseguir nuevos terrenos, se

organiza, en 1953, un concurso privado de arquitectura para el nuevo monasterio. Este es ganado por el equipo dirigido por Jaime Bellalta, e integrado por Esmee Cromie, León Rodríguez, Octavio Sotomayor y Fernando Mena. De este proyecto sólo llegó a construirse el cuerpo de celdas y una capilla provisoria. Posteriormente Jaime Bellalta se traslada a Inglaterra, deteniéndose su participación en el proyecto.

En 1960, el monasterio encarga al Instituto de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso desarrollar el proyecto del monasterio, incluyendo la iglesia. Surge así una reformulación total del proyecto por parte del Instituto. Especialmente destacable es la propuesta del claustro concebido como una circulación diagonal que conecta cinco volúmenes dispuestos en zig-zag. El ambicioso proyecto no llegó a realizarse, pero sus huellas se perciben en el cambio del acceso del monasterio desde el costado oriente al poniente, dejando consecuentemente a la iglesia en el acceso a todo el conjunto. El proyecto de los hermanos Gabriel y Martín para la iglesia se desarrolla entre 1961 y 1962. Su estudio parece haber sido intenso y detallado, incluyendo maquetas de tamaño considerable a fin de estudiar los problemas de la luz, tan centrales en el proyecto. La construcción se concreta entre 1962 y 1964.

1. Covarrubias, Proyecto para una capilla en el fundo los Pajaritos. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* N.1, 1954, pag. 223

2. Los monjes benedictinos Gabriel Guarda y Martín Correa habían estudiado Arquitectura en la Universidad Católica. Recién ingresados al monasterio, reciben el encargo de su comunidad que había examinado otros proyectos sin haber llegado a acuerdo con los arquitectos. En principio, ellos rechazan el encargo, ya que habían decidido abandonar la arquitectura para dedicarse a la vida contemplativa. Finalmente lo aceptan dedicándose con gran intensidad al proyecto.

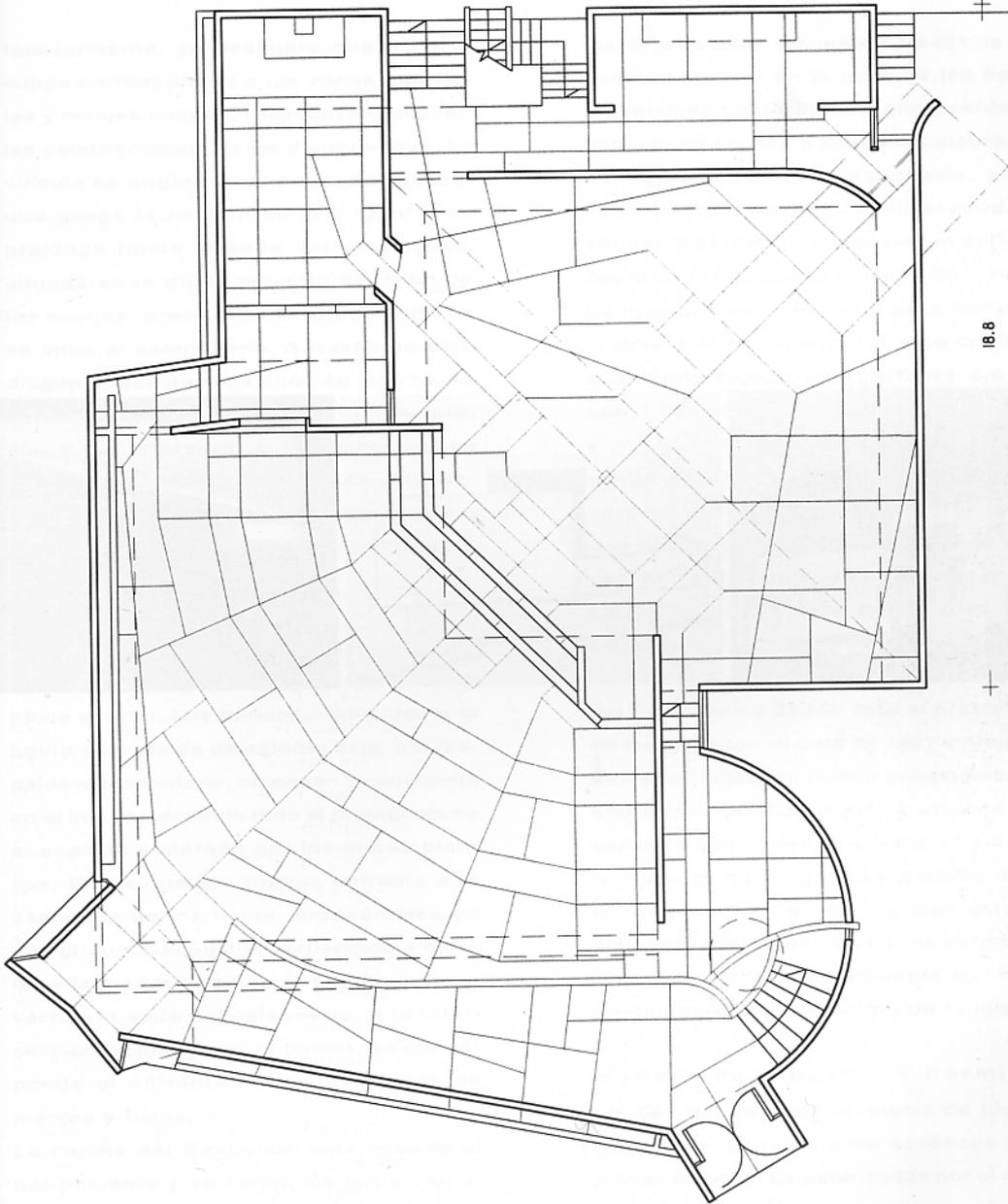


La complejidad en el cubo de luz

Distinguible desde la lejanía, el volumen de la iglesia no es perceptible, en cambio, cuando uno se aproxima al monasterio. El camino de acceso asciende en suave curva por la ladera del cerro y no es sino después de un buen tramo de recorrido que se percibe la iglesia, precedida por una explanada de acceso. Una vez descubierta el volumen, se percibe su complejidad. En rigor, se trata de dos volúmenes cúbicos blancos, intersectados según su eje diagonal y acompañados de una serie de volúmenes menores que se integran y articulan el conjunto. Claramente perceptibles desde el acceso son el pequeño cubo del campanario, el nicho en que se sitúa la imagen de la Virgen, el cuerpo de acceso y el de la rampa que lleva a la nave de la iglesia. Más pequeñas pero aún distinguibles son las gárgolas que completan la discreta complejidad de la iglesia. Un paño vidriado se localiza precisamente en el punto donde el cubo mayor se encuentra con el menor.

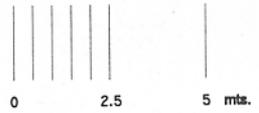
Cada uno de estos cubos que configuran la iglesia tiene unos 14 por 14 metros en planta. Medidos desde el nivel de la nave, la altura exterior del cubo, más bajo situado al nor-poniente se eleva a unos 10 metros. El cubo más alto, al sur-oriente, alcanza 13 metros y el campanario, 14, esto es una dimensión equivalente al lado de cada uno de los cuadrados que estructuran la planta. La superficie de la iglesia alcanza unos 500 metros cuadrados.

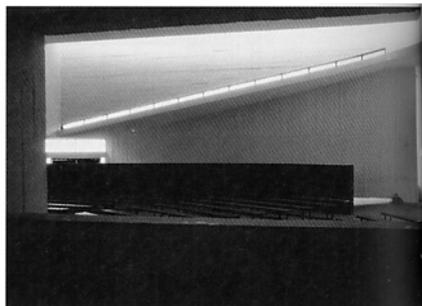
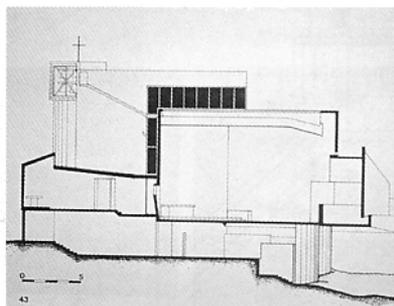
25.3
17.7



18.8

32.8





Interiormente, se descubre que los dos cubos corresponden a las zonas que fieles y monjes ocupan, respectivamente, en las celebraciones. El eje diagonal que los vincula se origina en el pequeño espacio que acoge la imagen de la Virgen³ y se prolonga hasta la sede del celebrante, situada en la arista opuesta del cubo de los monjes, precisamente aquella en que se sitúa el campanario. A través de esta diagonal, que alcanza unos 30 metros, se estructura el eje longitudinal de la iglesia. En la intersección de ambos cubos se sitúa el altar como pieza de articulación entre fieles y monjes. Muy próximo a éste, un púlpito-ambón para la lectura de las escrituras

La asamblea de los fieles se divide en cuatro sectores ordenados radialmente hacia el altar. Los bancos, reducidos a la figura escueta de un asiento bajo, sin respaldo ni reclinatorio, no pesan mayormente en el interior, dejando todo el protagonismo al espacio generado por los muros blancos. El coro de los monjes enfrenta a la asamblea de los fieles, ordenándose en dos grupos dispuestos perpendicularmente, a la manera de una L, situando en su vértice la sede del celebrante. A la intersección de los cubos, entonces, se corresponde el enfrentamiento dialogante de monjes y fieles.

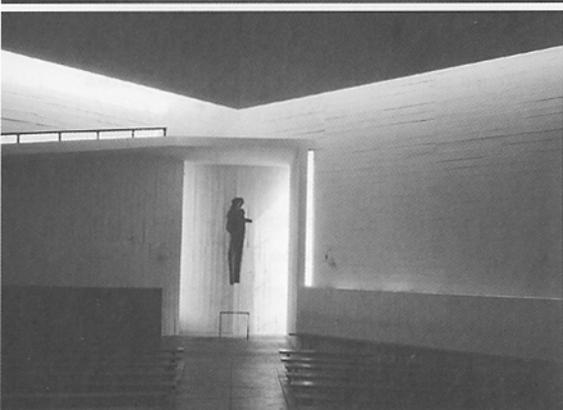
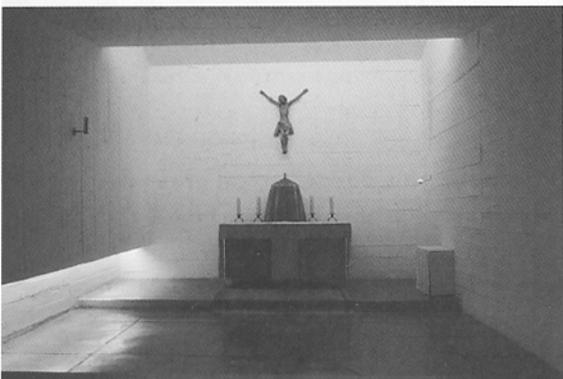
La capilla del Santísimo está situada al nor-poniente y se comunica tanto con el área de los monjes como con la de los fie-

les. Ella se hace presente a través de una ventana interior en la nave de los fieles. Un volumen semicilíndrico, que arranca del espacio de acceso y acoge la celebración del sacramento de la penitencia, y una sacristía rectangular adosada al cubo mayor hacia el oriente completan la serie de recintos periféricos al espacio de la nave. La iglesia está concebida para ser comprendida al recorrerla. En este contexto ella puede explicarse a partir del eje diagonal que vincula los dos cubos entre sí y un recorrido periférico espiral o envolvente. Este último se origina en el acceso y se desarrolla a través de la rampa que remata en la imagen de la Virgen. Alcanzado este punto, se hace presente el eje diagonal que pasa por el altar, pero es posible continuarlo por la parte posterior de la nave, accediendo a la capilla del Santísimo y desde ésta al presbiterio en que se sitúa el coro de los monjes. Todavía, el recorrido puede prolongarse en altura: desde el presbiterio arranca una escalera que saliendo al exterior alcanza la cubierta de la iglesia y permite llegar al campanario. La diagonalidad establecida por la intersección de los cubos y el recorrido periférico envolvente son notas fundamentales de la forma de la iglesia.

Modernidad: pureza y hormigón

La idea que preside la iglesia de los Benedictinos, es la de unos ascéticos volúmenes blancos, caracterizados por el modo en que son penetrados por la luz, encuen-

3. Esta imagen fue realizada por Marta Colvin y Francisco Gazitúa.



tra su origen, al menos en el ámbito chileno, en la capilla para el fundo Los Pajaritos, una de las primeras obras de Alberto Cruz Covarrubias y el recién formado Instituto de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso. Precedida de un extenso texto de fundamentación esta pequeña capilla nunca llegó a construirse. Ella se planteaba como un paralelepípedo blanco que recibía luz cenital de una lucarna superior que recorría todo el perímetro de la cubierta. La idea era construir un cubo de luz, un gesto mínimo, que no apareciera como forma en sí mismo, sino destacara las formas de los actos desarrollados en su interior.

Esta idea del cubo de luz continúa siendo explorada y desarrollada por la Escuela de Valparaíso en proyectos posteriores. Así ocurre, por ejemplo, en el primer proyecto para la Parroquia de Santa Clara en Santiago⁴. Allí eran prácticamente la totalidad de los paramentos del cubo los que, concebidos a la manera de grandes celosías, permitían el acceso de la luz. La capilla que el mismo grupo de Valparaíso proyectó en 1960, como parte de una propuesta más general para el monasterio, aparentemente no pasó de un boceto. Sin embargo, en él se percibe cómo sigue explorándose las posibilidades de los volúmenes de luz, sólo que en este caso se trata de un conjunto más complejo de volúmenes articulados⁵. Aparentemente la referencia más directa para la iglesia de Guarda y Correa sea la capilla provisoria construida por Jaime Bellalta, quien también formaba parte del Institu-

to de Valparaíso y en la que también existían accesos indirectos de luz⁴.

La idea del cubo de luz alcanza en la iglesia de los Benedictinos una peculiaridad y una perfección considerables. La idea propuesta Pajaritos, de una luz que nos invade sin que podamos percibir su origen, en lo fundamental, permanece. Sin embargo lo que tanto en Pajaritos como en Santa Clara era una luz homogénea y constante se hace aquí a la vez compleja y variada. La luz en los Benedictinos penetra desde múltiples fuentes; en formas y dosis cambiantes: desde arriba, en ambas naves, o en la capilla del Santísimo; desde abajo en la rampa de acceso, desde enfrente en la ventana vertical oculta tras de la sede. Sistemáticamente, se rompen y perforan las aristas de los volúmenes destruyendo con ello su constitución de tales, reduciéndolos prácticamente a planos, que se perciben como independientes y suspendidos. En definitiva desmaterializando al máximo el cuerpo del edificio, en el empeño de hacerlo aparecer como puro espacio y pura luz.

Esta concepción del edificio se extiende consistentemente al modo de comprender su materialidad. El edificio está construi-

do en hormigón armado, un material que permite concretar esa concepción de los volúmenes como planos independientes. El hormigón, en su aparente rusticidad, está cuidadosamente trabajado, como lo evidencia la disposición de los moldajes. Nunca exhibe una condición masiva. El espesor de los muros no es aparente y la pintura blanca le da una condición abstracta y despojada. La sola excepción es el muro curvo que acompaña la rampa de entrada, teñido de gris azulado.

Volúmenes puros y hormigón armado, protagonismo de la luz: temas clásicos de la arquitectura moderna, especialmente en su versión corbusiana son objeto aquí de un tratamiento y una comprensión peculiares. No se trata de exhibir los nuevos materiales, ni los logros de la industria. Tampoco de buscar las formas puras por más fácilmente perceptibles. Se apela más bien a una comprensión poética de esa arquitectura moderna: a lo que Le Corbusier denominaba el *espacio indecible*. Todo el esfuerzo arquitectónico ha sido puesto al servicio de una comprensión a la vez ascética y mística del espacio, explorando así una nueva cara de la modernidad.

F.P.

4. PEREZ F. ET. AL. "De la Capilla de Pajaritos al Monasterio Benedictino"

5. Este proyecto ha sido reconstruido por la alumna Pilar Lozano, dentro del contexto de un Seminario de Investigación dirigido por Fernando Pérez y Horacio Torrent, durante el primer semestre de 1996. Ver LOZANO, P. "Monasterio Benedictino de Las Condes. Proposición del Instituto de Arquitectura de Valparaíso, 1960. Las formas de la luz y el canto gregoriano", en PEREZ, F., TORRENT, H. *Seminario de Investigación, 1º semestre 1996* Ed. circulación restringida. Consultar Centro de Informaciones Sergio Larraín García Moreno. Facultad de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile.

6. El tema de una iglesia consistente en un cubo que atiende con particular cuidado a los asuntos de la luz fue también desarrollado por otros arquitectos. Tal es el caso de una capilla no realizada para el Seminario Pontificio proyectada por Emilio Duhart en 1957. Ver PEREZ F. ET AL. *Iglesias de la modernidad en Chile* págs. 118-121.